

CATHERINE SCHNEIDER, *Paranormale Antiquité. La mort et ses démons en Grèce et à Rome*, textes réunis et présentés par C. Schneider, Collection "Signets", Les Belles Lettres, Paris, 2011, XXIII, 294 pp. [ISBN: 978-2-251-03014-2].

Tradicionalmente, dejando fuera los productos en formato audiovisual, para acercar el mundo antiguo al gran público se ha recurrido o a las obras de divulgación, donde se le presenta al lector convenientemente filtrado y de un modo atractivo el tema objeto de estudio; o a una buena antología de textos cuidadosamente escogidos y dispuestos, con algún que otro comentario que ayude a enmarcarlos, para que de su lectura extraiga aquél sus propias conclusiones. Un buen ejemplo de esta segunda posibilidad nos lo ofrece la colección "Signets" de Les Belles Lettres, que dirige Laure de Chantal.

De los volúmenes de esta colección vamos a presentar aquí el n° 14, dedicado al tema de la muerte y de los muertos en el mundo antiguo, cuestión ésta donde confluyen por partes iguales superstición y religión, literatura y folclore, y que la responsable de su edición, C. Schneider, ha titulado, al parecer por sugerencia de Fabrice Poli (latinista de la Universidad de Bourgogne), *Paranormale Antiquité*, un guiño a las ya tres entregas del film *Paranormal Activity*, que ha revolucionado el tratamiento cinematográfico del recurrente tema de los fantasmas y de los fenómenos paranormales.

C. Schneider, latinista también y profesora titular en la Universidad de Estrasburgo, ha reunido en torno a 130 textos traducidos, provenientes muchos de ellos de la CUF ("Collection des Universités de France"), que publica también Les Belles Lettres, y que ha dividido en 9 ámbitos temáticos: "Los que han escapado de las tinieblas" (*Évadés des ténèbres*), "Las almas buenas" (*Belles âmes*), "Sexto sentido" (*Sixième sens*), "Cuarta dimensión" (*Quatrième dimension*), "Placeres de la carne" (*Plaisirs de la chair*), "Mensajes del Más Allá" (*Messages de l'au-delà*), "Guerra y paz" (*Guerre & paix*), "Tabúes y vudú" (*Tabous & vaudou*) y "Posesión" (*Possession*).

Esta amplia antología, que constituye el núcleo fundamental de la obra, está precedida, como en todos los volúmenes de la colección "Signets", de una breve entrevista (pp. VII-XV) a un experto en el tema tratado, en este caso, al italiano Antonio Stramaglia, profesor de la Universidad de Cassino, especialista internacional en "literatura de lo irracional" en la Antigüedad Clásica. Se incluyen también un "Abécédaire de la mort" (pp. 243-247), con definiciones sobre todo de las criaturas principales que pueblan el mundo de las tinieblas (*Empusa, Furias, Hades, Lamia*, entre otras); "Les auteurs du Signet" (pp. 249-270), breves biografías de los autores de los que se nutre la antología, tomadas en parte de la *Guide de poche des auteurs grecs et latins*¹; "Pour aller plus loin" (pp. 271-282), con la bibliografía primaria y secundaria utilizada, siendo de especial interés aquélla, pues refiere las ediciones y traducciones de las que proceden los textos de la antología. Se cierra el libro con un índice de los autores y obras utilizados (pp. 283-285).

De la lectura de la entrevista con Stramaglia podemos concluir que las creencias de los antiguos en los fantasmas y en la posibilidad de interactuar con los muertos no nos resultan extrañas en la actualidad, incluso en el "avanzado" Occidente. Quizás llamen más nuestra atención la teoría de la consustancialidad entre espectro y cadáver, que les llevaba a dotar de cierta corporeidad a sus espectros, de modo que éstos podían abrazar y ser abrazados, e incluso comer y beber los

¹ Esta obra fue publicada por Les Belles Lettres en 2002, siendo su última edición de 2011. Sus autores son Pierre-Emmanuel Dauzat, Marie-Laurence Desclos, Silvia Milanezi y Jean-François Pradeau.

manjares de los vivos; o el papel tan notable asignado por los antiguos a los démones, buenos y malos, algo que a nosotros nos recuerda los oscuros siglos del Medioevo; también era habitual entonces la práctica de la necromancia, al atribuirse posibilidades adivinatorias a los muertos, lo cual se explicaba no sólo porque se les creía dotados de poderes sobrehumanos, sino porque se les consideraba como portavoces de divinidades superiores, por lo general, las divinidades infernales. Todas estas “supercherías” podrían llevarnos a pensar que el hombre antiguo era básicamente crédulo. Sin embargo, como recalca Stramaglia y confirman muchos de los textos de la antología, también había toda una corriente de literatura *Contra los magos*, de la que sería un buen ejemplo el cínico Enomao de Gadara y su *Desmitificación de los brujos* o el tratado contra las herejías de Hipólito (ss. II-III d. C.), sin olvidar la burla más descarnada a todo este universo de creencias y prácticas que encontramos en los diálogos de Luciano.

Pero lo que realmente interesará al lector de este libro es sumergirse en la lectura de los fragmentos que se le proponen y descubrir a través de ellos las ideas de los antiguos sobre los seres que pueblan el Más Allá.

El capítulo primero, “Los que han escapado de las tinieblas” (pp. 1-26), se estructura en dos secciones, “Les «Mal Morts»” (pp. 3-14), es decir, aquellos difuntos condenados a errar por la tierra por haber tenido un final desdichado (en esencia, los muertos sin sepultura, los que habían fallecido prematuramente y las víctimas de muerte violenta); y las potencias demoníacas (pp. 15-26), integradas por los démones malvados de los griegos y los larvas y lemures de los romanos, a los que podría agregarse toda clase de criaturas demoníacas (como hombres lobo, estriges y empuzas). Por citar algunos de los textos recogidos, en las pp. 6-7, el texto de *Il. XXIII*, 59-92, que relata la aparición del alma de Patroclo a Aquiles en sueños, incide en la idea de que el sueño era uno de los medios más habituales por los que un difunto entraba en contacto con los vivos y de que aquél solía aparecer con el mismo aspecto que tenía cuando estaba vivo (o al menos, con el mismo que tenía cuando murió, como se deduce de otros textos); en la p. 19, el texto de Ovidio, *F. VI*, 131-150, nos presenta a las *Estriges* (nombre debido, al parecer, a los gritos estridentes que producían), el precedente clásico de nuestros vampiros.

El capítulo siguiente, “Belles âmes” (pp. 27-51), contempla los ángeles guardianes y genios buenos (pp. 29-39) y los denominados “trompe la mort”, algo así como los que “engañan a la muerte” (pp. 41-51). Los primeros están constituidos por las almas de aquellos que han recibido los honores fúnebres debidos y en vida tuvieron un comportamiento ejemplar. Desde el Más Allá protegen a sus deudos y familiares y a veces vuelven para ayudarles o reconvenirles cuando hacen algo mal. Los “trompe la mort” son aquellos individuos capaces de abandonar sus cuerpos sin por ello morir: puede ser resultado de una enfermedad (la catalepsia) o, voluntariamente, mediante las ascesis, el canto, la danza, etc. En la p. 30, según Hesíodo, *Op.* 109-126, cuando murieron los hombres de la Edad de Oro, los más felices de los que han existido, se convirtieron en los genios buenos de la tierra; en la p. 34, según Valerio Máximo, *I*, 7, ext. 2, quien honra a un muerto como es debido puede esperar algún favor de su parte (es el tema del “muerto agradecido”), como le sucedió al poeta Simónides, quien salvó la vida gracias a las advertencias del alma de un difunto al que había enterrado para que no cogiera al día siguiente un barco por el peligro de la tormenta; en pp. 42-43, Heródoto, *Hist.* *IV*, 14-15, cuenta el caso de Aristetas, quien a pesar de su aparente muerte fue visto en diferentes lugares y en épocas distintas.

El capítulo tercero, el “Sexto sentido” (pp. 53-76), se divide en dos partes: “Romper la ley del silencio” (pp. 55-66), que se refiere a todas las manifestaciones sonoras con las que los muertos

se hacían escuchar (desde ruidos de pasos, golpes o cadenas metálicas hasta gritos, llantos o el tumulto de una batalla); y las visiones horribles (pp. 67-76), concernientes al modo como se suelen presentar los muertos. En las pp. 56-57, Plinio, *Ep.* VII, 27, 5-11, se cuenta la historia de fantasmas más famosa de la Antigüedad; en las pp. 61-62, Plutarco, *De def. or.* 17 (419a-d), relata cómo cerca de la isla de Paxos una voz que se dirigía al piloto egipcio de una embarcación le rogaba que anunciara la muerte de Pan cuando estuviera a la altura de Palodes; en p. 68, a través del texto de Luciano, *VH.* II, 12, se nos recuerda que los muertos, en el Hades, se imaginaban como sombras sin cuerpo, impalpables, ofreciendo a la vista sólo forma y apariencia.

En la “Cuarta dimensión”, el capítulo siguiente (pp. 77-104), se indica, en la sección denominada “Fracturas del tiempo” (pp. 79-91), cómo la noche es el reino de los muertos, momento en el cual pueden asaltar a los vivos, algo que puede ocurrir también al mediodía (por obra de los llamados “demonios del mediodía”); mientras que en “Las aberturas de la tierra” (pp. 93-104) se demuestra que nada detiene a los muertos cuando quieren visitar nuestro mundo, si bien no suelen alejarse mucho de sus tumbas, siendo los lugares donde vivieron y donde murieron sus predilectos para manifestarse. En las pp. 87-88, Prudencio, en *Cath.* I, 1-45, compone un himno al gallo, ave solar por excelencia y símbolo de la vigilancia. Como los muertos temen la luz del día, es posible que su representación se colocara en el Medioevo en lo alto de los campanarios para vigilar los alrededores y alejar a los demonios; en p. 91, según Macrobio, *Sat.* I, 16-18, en los días en que estaba abierto el *Mundus* (ese pozo que se excavaba al fundar una ciudad y que servía de canal de comunicación entre el mundo de los vivos y los muertos) era sacrilegio hacer la guerra o casarse con una mujer para tener hijos.

El quinto capítulo, “Placeres de la carne” (pp. 105-130), trata tanto de la obligación que tienen los vivos de alimentar a los muertos (pp. 107-118), como de las apetencias sexuales que éstos conservaban hacia los vivos (“Amores de fantasmas, pp. 119-130). A los muertos se les alimentaba con agua, leche, miel y vino, aunque ellos preferían los alimentos de color rojo (sobre todo, el vino y la sangre). En el segundo aspecto, se distinguen los incubos, o espectros masculinos que buscaban tener relaciones con mujeres, y los súcubos, espectros femeninos que ansiaban tener sexo con hombres a los que después devoraban, como la Empusa. En las pp. 108-109, Homero, *Od.* XI, 23-50, muestra el modo como Ulises atrae al alma del adivino Tiresias para consultarle: se practica un agujero en el suelo y se echa en él, entre otras cosas, abundante sangre; en pp. 127-128, el texto de Filóstrato, *VA.* IV, 25, nos cuenta cómo Apolonio fue capaz de desenmascarar a una empusa que iba a casarse con el bello Menipo, a quien pretendía devorar por su sangre fresca.

El capítulo sexto, “Mensajes del Más Allá” (pp. 131-153), analiza dos aspectos concretos, “Los anuncios de los muertos” (pp. 133-142) y la necromancia (“Esprit, es-tu là?”, pp. 143-153). De entrada, cuando el alma de un difunto se aparece a una persona viva es no sólo para anunciarle su propia muerte y despedirse de ella, sino también para anunciar la muerte de otro. Asimismo, las brujas solían invocar a los muertos y hacerlos volver para adivinar algo o para llevar a cabo una maldición, a pesar de que a aquéllos no les gusta que los llamen. En p. 136, según Plinio el Joven, *Ep.* V, 5, C. Fannio, que se dedicaba a relatar la muerte de los personajes ejecutados o desterrados por Nerón, presintió su muerte cuando en un sueño vio a éste leer cada uno de los tres libros que había dedicado al tema y cómo luego se marchaba; en p. 147, en el texto de Heliodoro, *Ethiop.* VI, 14, 1-5, se asiste al ritual “necesario” para devolver la vida a un muerto: la que invoca es Calasiris y el invocado su propio hijo difunto.

En el séptimo, “Guerra y paz” (pp. 155-179), en la sección denominada “Sed de venganza” (pp. 157-167), se trata de la extendida creencia de que el espectro de una persona que hubiera sido asesinada no descansaría en paz hasta que se vengara de su asesino, aunque a veces este deseo de venganza se extendía a toda una familia, ciudad o país; mientras tanto, en “Combates singulares” (pp. 169-179), se aborda la creencia de que los soldados muertos en combate proseguían su lucha después de la muerte, interviniendo a veces a favor de uno de los contendientes en una batalla o protagonizando una auténtica cacería, con perros y todo, visión ésta considerada por los vivos de mal agüero (la “caza salvaje”, algo similar a nuestra “Santa compañía”). En pp. 161-162, en Heródoto, *Hist.* I, 166-167, se relata cómo los habitantes de Agila debían celebrar unos juegos para aplacar las almas de los foccos que lapidaron tras capturarlos en una batalla naval, pues todos los que pasaban por el lugar de la lapidación enfermaban; en p. 170, el texto de Estacio, *Th.* IV, 419-442, nos revela que el hecho de encontrarse con una escena de “caza salvaje” (en este caso se habla de negras criaturas que se levantan para simular vanos combates) era presagio de muerte, guerras y hambrunas, por eso el agricultor del fragmento, nada más escuchar su rumor, huye tembloroso.

El capítulo octavo, “Tabúes y vudú” (pp. 181-213), aborda dos cuestiones, “ritos y supersticiones” (pp. 183-197), que se centra en las exigencias que los vivos debían cumplir respecto a los difuntos para que las relaciones con éstos no fueran problemáticas; y el tema de la magia negra (199-213), que ayer como hoy es la vertiente más tenebrosa de la relación entre vivos y muertos, pues supone el uso por aquéllos de los poderes de éstos para causar daño. Entonces los principales agentes del mal eran los magos y brujas y su lugar preferente de actuación los cementerios. En pp. 196-197, el texto de la *Pasión de Perpetua y Felicidad* 7-8, nos revela la importancia que los cristianos concedían a la oración para conseguir que los muertos que se encontraban en precario consiguieran la salvación (se trata de uno de los primeros textos donde se menciona el Purgatorio); en pp. 202-203, el texto de Lucano, *Phars.* VI, 529-569, detalla todos aquellos elementos sacados de los cadáveres que iban a servir a la bruja tesalia Ericto para fabricar sus pócimas y filtros: “Cualquier hombre muerto es utilizado”.

El último capítulo, “Posesión” (pp. 215-241), trata tanto la cuestión de los posesos (pp. 217-230) como la del exorcismo de los demonios (pp. 231-241). Los antiguos creían que cuando el alma de un malhechor se apoderaba del cuerpo de un vivo podía provocarle enfermedades tales como la epilepsia o un ataque de apoplejía; también se atribuían a estos espectros las epidemias como la peste. Conocido un caso de posesión, era preciso actuar para expulsar al espíritu o demonio. Se consideraban eficaces los olores y sonidos fuertes, los encantamientos, las amenazas o, en última instancia, la magia del Verbo. En pp. 222-223, en el texto de Filóstrato *VA.* III, 38, el espíritu de un hombre muerto en la guerra, despedido con su mujer por haberse casado con otro apenas tres días después de su muerte, manifiesta su disgusto apoderándose del cuerpo de un joven de dieciséis años, cuya voz se ha vuelto más ronca y gutural de lo esperado para su corta edad (signo evidente de posesión); en pp. 235-236, el texto de Flavio Josefo, *BJ.* VII, 178-185, nos informa de que la ruda se podía usar como remedio para expulsar a los demonios, aunque el autor se extiende más en los “mágicos” procedimientos de que había que servirse para conseguir un ejemplar de la planta.

Hasta aquí el resumen de los distintos capítulos ejemplificados con algunos de los textos que nos han parecido más representativos.

Aunque es cierto que resulta cuando menos “arriesgado” dejar a los textos “hablar” sin las necesarias precisiones y observaciones del especialista, en este caso el peligro se conjura con la estructura dada a la antología, con los breves comentarios que preceden a los textos y los que se

colocan al principio de las diferentes subsecciones (dos por capítulo, como se ha visto), que, a nuestro parecer, son suficientes para orientar al lector que se acerca a este tema.

Es cierto que a menudo se echa en falta el recurso a las notas al pie para aclarar cuestiones puntuales o ampliar la escueta información dada por los textos introductorios. También por el modo de disponer la materia se producen a veces redundancias, inevitables en un tema donde es difícil establecer límites claros entre las distintas cuestiones que se suscitan. Entre los aspectos positivos debemos destacar que en la amplia muestra textual escogida están representadas todas las épocas y la práctica totalidad de los géneros literarios, así como muchos autores y obras cristianas, punto éste último fundamental para comprender cómo el tema de la muerte y los muertos evolucionó cuando el hombre antiguo abrazó el cristianismo.

Para terminar, sólo nos queda “lamentar” como lector español que obras de esta índole, más aún, una colección como la “Signets”, no formen parte del catálogo de alguna editorial española, pues hemos de reconocer que para sacar todo el partido a un trabajo como el reseñado hay que tener un buen dominio de la lengua francesa.

Cristóbal Macías
Universidad de Málaga
E-mail: cmacias@uma.es